

MONSEÑOR LEZCANO Y ORTEGA

Monseñor José Antonio Lezcano y Ortega, Primer Arzobispo de Nicaragua, nació en Granada a la sombra de la Iglesia de San Francisco. Se educó e instruyó, tanto en la piedad como en los estudios de humanidades, bajo el solícito cuidado de su tío del mismo nombre, Canónigo de la S. I. Catedral de León

Monseñor Lezcano cultivó el buen humor granadino con el buen gusto de su esmerada educación, como puede apreciarse en sus Cuentos Populares que publicara en 1942 como contribución al folklore nacio-

nal, y en sus famosas boutades que le dieron fama de gracioso humorista

Se cuenta que una joven granadina que estaba enamorada de él, dijo con despecho cuando supo que Toño Lezcano se iba para el Seminario "Para qué sirve Toño?" Pasados muchos años, y siendo ya Arzobispo de Managua, empeñado en la construcción de la Catedral, la que se erigía por su esfuerzo, le envió a esa señorita, entonces ya señora, una tarjeta postal con la fotografía del majestuoso edificio, con esta simple frase al reverso "Para esto sirve Toño"

LA BUENA Y LA MALA SUERTE

El refrán popular: "Para que el pobre gane se necesita que su suerte se duerma y la del rico se distraiga" tiene su fundamento en el siguiente cuento:

Eran dos compadres, el uno muy rico y el otro muy pobre, que vivían en una población cerca de la cual había un cerro llamado de la Suerte porque en su cumbre podía evocarse la suerte de cualquiera para comunicarse con ella; pero para llegar a la cumbre había que arrastrar varios peligros graves.

Un día de tantos el compadre rico llamó al compadre pobre para ofrecerle quinientos pesos por subir al cerro a decirle a su suerte que ya no le diera más dinero porque tenía muchísimo; oferta que el compadre pobre no aceptó porque no le convenía exponerse a la muerte por tan pequeña cantidad.

Mas al llegar a su casa, en la que su familia sufría miseria y se moría de hambre, reflexionó: si muero en camino al cerro, a lo menos dejaré a mi familia los quinientos pesos para que se alivie un poco; y regresó a decir que los aceptaba. Pero en este punto el compadre rico, le dijo: era un capricho mío, ya no le doy los quinientos, sino doscientos cincuenta. Rehusó el pobre; más volvió a su casa y reflexionó de nuevo como la vez primera y fué al compadre rico diciéndole que aceptaba los doscientos cincuenta, quien le dijo muy fresco: cien le doy y no más. Y en estas idas y vueltas, al final quedaron en cinco pesos que aceptó el pobre a más no poder.

Llegado felizmente a la cumbre del cerro, por el favor de Dios, llamó a la suerte de su compadre rico, la que se presentó inmediatamente, y era una señora muy hermosa, lozana y agraciada que al recibir el recado respondió: dígame a ese señor, que aunque él no quiera le seguiré dando mucho dinero y que sepa, que esos cinco pesos que perdió en "vos" fué porque yo "estaba distraída" cuando remataron el contrato.

Entonces el compadre pobre quiso aprovechar la ocasión para llamar a su propia suerte y así lo hizo y ella se presentó. Era una vieja feísima, flaca y desgreñada, que al verla el compadre pobre se tiró sobre ella para arrastrarla más por el suelo, pues de suyo ya era una "grande arrastrada". Mas la vieja no se dejó y se entabló una fuerte lucha, en la que ella logró poner debajo al pobre compadre a quien agarró del cuello diciéndole: Infeliz, no te soltaré nunca y quiero que sepas, que esos 5 pesos que ganaste fué porque cuando cerraron el trato yo "estaba dormida".

Y me metí por un hoyito y me salí por otro para que me contés otro

Mas ha de advertirse: que el buen cristiano pobre no cree en la buena y mala suerte, sino en la Divina Providencia, en cuyas manos se pone; contento con su condición de pobreza, recordando a la sagrada familia de Nazareth: Jesús, María y José, muy amada de Dios y, no obstante, muy pobre.

EL INDIO ÑOR INACIO

Fue a **matricularse** con un nuevo patrón, quien le preguntó su nombre y el indio le respondió, mi nombre está en el Credo; pero como el tal no se llamaba, ni Jesús, ni María, ni Poncio Pilatos, que son los nombres propios que están en el Credo, el patrón declaró que no atinaba qué nombre fuera

Mas, el indio insistió: allí está patrón récelo y verá. Y el patrón ya intrigado por la curiosidad, condescendió en rezarlo; y al llegar a la parte que dice: "**y nació** de Santa María Virgen" el indio lo interrumpió exclamando, allí está patrón, allí está clarito: **Inació** me llamo yo

Porque el pueblo no dice **Ignacio**, sino Inació, y como acostumbra cargar la pronunciación en la última sí-

laba de los vocativos, por ejemplo; **Pedró** ¿qué estás haciendo? **Inació** ¿para **onde** vas?: el indio del cuento creía, a puño cerrado, que se llamaba **y nació**, como se dice en el Credo

Le llamamos **ñor** Ignacio, porque el pueblo al patrón llama el Señor; al mandador, **señor** Juan; y al viejo jornalero de la hacienda **ñor** Cosme; o **tío** Cosme, sin que medie parentesco de consanguinidad ni de afinidad

En cuanto a las mujeres; la patrona es la Señora; la mandadora **señora** Dolores; la criada principal **seña Teresa**, y la anciana ya jubilada del vecindario, **ña** Petrona; y también **tía** Petrona, sin que sean parientes

Y **estera** un gato canillas de triapo y con los ojos al revés, **querés querrerés** que te lo cuente otra vez?

UN ABOGADO EN LAS SEGOVIAS

Sin saberse de dónde, llegó a establecerse en un pueblo de las Segovias un abogado, con muchos libros, como reclamo de su sabiduría, los que colocó, muy a la vista, en un grande estante en su casa de habitación. Y el tal comenzó a ejercer su profesión de citar leyes, de preferencia **la del embudo**, o sea, lo ancho para él y lo estrecho para los desgraciados clientes que caían en sus garras; por lo que se hizo muy temible a los del pueblo, temor que se aumentaba a medida que el tiempo transcurría; y hasta el punto que, cuando alguno tenía que pedirle sus servicios, los otros le decían: **amarrate los calzones y rezá** con fervor la santa oración contra los grandes peligros: "Muy fuerte venís, más fuerte es mi Dios y la Santísima Trinidad me libre de vos".

Y ocurrió que en la frondosa **milpa** de un labriego le hizo daño un buey **matrero y rompe portillos**, al que conforme al reglamento de Policía, fué a presentarlo, junto con la queja, el Alcalde, quien mandó lo amarraran en el **bramadero** de la plaza, y allí pasó el animal cuatro días sin comer, al cabo de los cuales lo soltaron, y más hambriento que antes fué a la **milpa** del pobre labriego a causarle mayores daños; y de nuevo fué llevado a la Alcaldía

Esto se repitió una vez más, y a la cuarta que el buey arruinó por completo el maizal, el labriego, ciego de ira, **desfondó** con su lanza al animal, que fué a caer muerto sobre el camino público.

Cuando le pasó la cólera al hechor, éste tímido y miedoso reflexionó muy triste, acerca de las malas consecuencias de su hecho; y en tal situación lo encontró un amigo suyo que pasaba por allí, a quien dijo:

—Mirá, hermano, lo que me ha pasado; porque cuando uno está **torcido** "por **persinarse** se araña y hasta los perros lo orinan"; y le refirió el caso, añadiendo: mas creo que la ley me ampara

—Si hombre, dijo el otro, pero para que te ampare **tenés** que gastar más **reales** que lo que vale el buey. Y tres bueyes más, y lo peor del caso es que la ley no

te amparará porque el buey es del abogado, "que el pleito que no lo gana lo enreda".

—¡Del abogado! ¡Santo Dios, santo Fuerte, santo Inmortal! Y, ¿cómo lo **sabés**?

Por el fierro del **sapo** que el abogado **fierra** sus animales, y le llamamos el **sapo** porque pintado parece un sapo, como la cara de su dueño

—Entonces qué me **¿aconsejás**?

Que **vayás** a arreglarte con él; pues de lo contrario te come vivo y no te deja ni el pellejo

Así lo hizo el labriego, a quien el abogado recibió atentamente creyendo fuera un cliente que le traía pleito: y cuando oyó el caso dijo a su interlocutor, con tono magistral: no temas amigo, que todos estos libros te defienden, señalándole parte de los que estaban en el estante

Pero cuando el labriego le repuso; es que debo decirte, que el buey es uno de los suyos, el abogado exclamó: ¡mío, mío! infeliz de tío porque todos estos libros te condenan, indicándole los restantes del estante

Visto lo cual el labriego le declaró; que los libros que lo condenaban le parecían más gruesos que los que lo defendían

—Sí, mucho más gruesos, dijo el abogado: por lo que estás perdido sin remedio y tienes que arreglarte conmigo, dándome tus dos yuntas de bueyes por el buey que me matastes

—¡Cómo!, gimió el labriego: ¿cuatro bueyes por un buey?, esto es demasiado

—No es demasiado, replicó el abogado, dar cuatro bueyes malos por uno bueno y tan bueno que sólo le faltaba hablar para que pareciera gente

—Señor, dijo llorando el labriego, **usté me deja en pelo**.

—No hombre, no te dejo en pelo, porque te dejo la carreta; no seas ingrato conmigo que te guardo tanta consideración **¡Con qué!**, "trato cerrado con llave y candado"

Y si piensas, caro lector, que esto no es cuento; así como me lo contaron te lo cuento.

UN MEDICO MUY SABIO Y PRESTIGIADO

Lo era el doctor Pedro Recio, con el defecto que mucho se embriagaba; mas con la ventaja, al decir del pueblo, que cuando estaba más **picado** curaba **más mejor**.

De él se referían maravillas, como ésta: que pasando debajo de un balcón en que estaba una señorita que tenía el hábito, muy común en las de su clase en los tiempos de este cuento, de echar de la boca toda la saliva que ella secretaba, lo escupió en el sombrero

Por lo que muy apenada le dió excusas con encarecimientos, que hicieron que el escupido, dándose cuenta del desmán, se quitara el sombrero, viera la saliva y se pusiera a examinarla, detenidamente, palpándola y oliéndola; después de lo cual dijo a la señorita: no se apene usted por lo ocurrido, pues yo soy el apenado al comprobar, plenamente, por su saliva, que está usted amenazada, ahora mismo, de una enfermedad fulminante y mortal; y así aconteció

Asimismo, la admirable e inusitada curación de una dama linajuda, muy respetable por su alta posición social, a la que el Dr Recio curó de una neuralgia crónica, dándole, por sorpresa, un pescozón en la cara, con lo que quedó buena y sana para siempre

Entre paréntesis, también referían del prestigiado galeno algunas **marrullas** suyas, por ejemplo, que estando enfermo no pudo visitar su clientela a domicilio, de lo que encargó a un hijo suyo que era médico, el cual, entre los enfermos asistidos por su padre, encontró a un extranjero recién llegado al país, un **chele yanke**, que tenía un pie muy inflamado con aparentes síntomas de gangrena por ciertas picazón y punzaditas. Mas felizmente el joven médico comprobó que todo dependía de una **nigua ya madura**, en la planta del pie, extraída la cual y curado el **hoyo** pudo anunciar al chele que todo iría bien. Pero al dar cuenta a su padre de lo ocurrido, diciéndole: papá, lo que tenía el yanke era una nigua, el Dr Recio se puso furioso y le dijo:

por imbécil vas a quedarte comiendo niguas; pues no sabes que esas enfermedades leves, que parecen graves a los clientes, se curan despacio, porque "Time is money" el tiempo es dinero

Pero el mayor portento que del doctor de nuestro cuento se propaló, fué el siguiente: lo llamaron a curar a un herido al que habían sacado las tripas de una cuchillada; el Dr. observó que el caso era difícil, porque si había de bueno que las tripas no estaban picadas, había de malo y grave que por estar muy inflamadas al contacto del aire en largo tiempo, por presión exterior no se podía reducirlas a su lugar: se necesitaba de una atracción interior, de una como fuerza de succión que las atrajera hacia dentro

Observando lo cual, el Dr volvió a su casa en donde se metió una gran navaja en el bolsillo y muchos tragos entre pecho y espalda que lo embriagaron por completo hasta tambalearse.

De regreso a la del herido, pidió a los asistentes que lo dejaran solo con el paciente a quien puso de pies, y haciendo movimientos, no fingidos, de borracho, con voz aguardentosa le dijo: **vos te vas** a morir, sin remedio, y es mejor que yo te mate para quitarse de penas; y diciendo y haciendo **se le fué encima** con la navaja. El instinto de conservación dió fuerza al herido para fruncirse lo más que pudo y así evitar el golpe mortal, y con este **fruncimiento** las tripas, sonando **chucufllús**, se metieron en su lugar. Obtenido este resultado apetecido y procurado con aquella **maña**, el doctor prontamente cogió la piel de la grande boca de la herida, la cosió, **cataplastó y faumentó** y la cosa fue viento en popa, con admiración y aplausos de los que lo vieron y de los que lo supieron

No se dice en el cuento, si el doctor se **fué por sus patitas** o esperó en la casa del enfermo que pasara por delante de él la suya; pues los edificios giraban vertiginosamente al rededor de su sapientísima cabeza completamente **almareada**.

LE REMACIARON EL CLAVO

El Sr Cura de la parroquia, que en los quehaceres de su cargo, andaba por la **ronda** del pueblo, se encontró con un niño, como de siete años de edad, acompañado de un perrito al que llamaban diciéndole: **tu, tu, Joanchito; Juanchito, tu, tu.**

Al oír esto el sacerdote pensó así: **Juanchito** es el diminutivo familiar de Juanito, que es el gramatical de Juan, nombre que llevaron gloriosos santos como el Bautista y el Evangelista, y más, una serie de XXIV Pontífices romanos; de modo que llamar **Juanchito** a un perro es gran desorden social y no menor irreverencia religiosa; más al propio tiempo reflexionó, que nada remediaría con hacer advertencias al muchacho, las que serían eficaces hechas a sus padres, los verdaderos culpables de tal desorden irreverente; y al efecto preguntó al niño

—¿Tienes papá y mamá?

—No, **tata padre**, no tengo ni **tata** ni **mama**, porque soy **guérfano**; pero tengo **pipe**-hermana mayor— y **mamanoya**—**mama señora**— abuela

—¿Dónde habitan?

—**Largo** de aquí, esta calle **derecha** hasta llegar al **rastro** —matadero de las reses— y de allí se coje para **abajo** —al occidente— y a **poquito** está la casa, al **ladito** de la de **tío Pacho**— Pascasio Nirimba, el **prioste** —sirviente— de nuestro **Padre Jesús** Nazareno

—¿Quiere **usté** que yo lo **traiga**?

—Sí llévame, que necesito hablar con tu abuela y con tu hermana.

Caminando juntos, el niño estimulaba al perrito a que le siguiera, repitiendo; **tu tu, Juanchito**, con lo que metía un clavo de pena en el corazón del piadoso sacerdote

Llegados a la casa, las indicadas habitantes de ella, mostraron mucho regocijo por recibir la visita del Señor Cura.

—¡Qué dicha la nuestra de tenerlo aquí!; qué cara tan **perdida** que casi nunca la vemos y hasta queríamos mandarle a pedir su retrato; lo que nos pasa "porque somos pobres y vivimos largo".

—No, hijas mías, dijo el párroco, deseando mucho visitar a mis feligreses, mis ocupaciones me lo impiden; para mí los pobres son los preferidos como lo fueron de Jesús N. Señor

—Gracias, señor; ya sabe que esta chocita es toda suya, y estamos muy contentas de que haya venido a vernos

—Pero yo no lo estoy, insinuó el Cura, porque les vengo a poner una queja de este niño a quien oí que llamaba a ese perrito con el nombre de Juanchito; y deben de saber ustedes que . Mas en este punto, cuando se disponía el sacerdote a reprender la grave irreverencia, la **mamanoya** lo atajó diciendo:

—¡Ay, señor!, es que mi **ñeto** es muy desobediente y lo que **uno** le dice, le entra por una **oreja** y le sale por la otra

Yo le he regañado muchas veces por eso de llamar al perro Juanchito, cambiándole el nombre, pues el perro se llama "Juan de Dios"

Fácilmente podrá conjeturarse lo que sufriría el ce-

loso Ministro de Dios, con esta remachada del clavo que ya tenía metido en su devoto pecho.

Moraleja: no se pongan nombres de santos a los animales, ni de plantas, ni de regiones; que en tal caso es preferible la piadosa costumbre de poner a los niños, indefectiblemente, el nombre del santo o del misterio celebrado el día en que nacen; por lo que hay niñas Jesús, Feliciano y Petrona, y niños Isabel, Asunción y Felícito. Costumbre tan rigurosa que a uno que nació el 6 de Mayo, fiesta de San Juan Evangelista martirizado **ante portam latinam**, en la puerta latina de Roma, le pusieron **Ante portán**, y así lo llaman actualmente con singular complacencia del nominado pues; el caso es contemporáneo en el Valle "El Pie del Gigante", cercano a la capital de Nicaragua; y llamado así porque una grande piedra que está en ese lugar tiene una hendidura superficial en figura de un pie grande; o más bien porque allí se elevan los primeros estratos de la Sierra de Managua, el gigante revestido de cafetales, que en forma de semicírculo va a terminar en el Xolotlán cerca del pueblo de Mateare

Pero la tal manera enrevesada de poner nombres, que da por resultado: Jesuses que llevan faldas e Isa-beles con pantalones, está disimulada por el modo de usarlos en familia, así: Jesús es **la Chú**, Feliciano es **la Chana** y Petrona es **la Tona**; así como, al Isabel le llaman **Chabelo**, al Asunción, **Chón** y al Felícito, **Lichito**.

Enredo de nombres que al pueblo le importa poco según su refrán, "Lo mismo es Chana que Juana", y su expresión de burla a quien pide lo que no obtendrá: ¡Cómo no, Chon!

LA PALOMITA DE LA PATITA DE CERA

Este cuento tiene de ingenioso que siendo de suyo muy corto se vuelve largo por las repeticiones; del cual se sirven las niñeras para entretener a los bebés y aún a niños grandecitos, diciéndoles: **Estera** una palomita a la que se le quebró y cayó la patita, que un ángel del cielo se la puso de cera, y así se fué a sentar sobre una piedra recalentada por el sol, la que derritió la patita; por lo que la palomita preguntó a la piedra: ¿Piedra, tan valiente **sos** que **derretís** mi patita?

Y la piedra respondió: más valiente es el sol que me calienta a mí. Entonces la palomita se fué **onde** el sol para preguntarle:

¿Sol, tan valiente **sos** que **calentás** la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y el sol respondió: más valiente es la nube que me tapa a mí. Voló la palomita a preguntarle a la nube:

¿Nube, tan valiente **sos** que **tapás** el sol, el sol que calienta la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y la nube dijo: más valiente es el viento que me **avienta** a mí. Por lo que se fué la palomita a preguntarle al viento:

¿Viento, tan valiente **sos** que **aventás** la nube, la nube que tapa el sol, el sol que calienta la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y el viento respondió: más valiente es la pared que me resiste a mí. A la pared la palomita le preguntó: ¿Pared, tan valiente **sos** que **resistís** al viento, el viento que **avienta** la nube, la nube que tapa el sol, el sol que calienta la piedra, la piedra que derritió mi patita?

Y la pared respondió: más valiente es el ratón que me hace hoyos a mí. Y la palomita buscó al ratón para hacerle la correspondiente pregunta; el ratón respondió que era más valiente el gato que se lo comía a él; el gato, que era más valiente el perro que lo hacía **juir**; el perro, que era más valiente el hombre que lo sometía a su dominio; y el hombre dijo que el más valiente era Dios que dominaba a todas las creaturas del universo

Y cuando esto oyó la palomita se fué a buscar a Dios para alabarlo y bendecirlo; y Dios que ama a todas sus creaturas, hasta la más chiquita, acarició a la palomita, y con solo quererlo le puso una patita nueva con husecito, pellejito y uñitas

Y, se acabó **pón pón**, dijo la **china**; más los chicos pidieron el bis gritando: **otla ve, otla ve**.

Pero la **china** les dijo otra vez, no, porque **Nachito** —Ignacito— ya se está durmiendo.

—Yo no me **durmo**, replicó el aludido.

Y **Panchito** —Francisquito— tiene la culpa de eso porque está bostezando y el bostezo **se pasa**.

—Yo no **teno** la culpa, gimoteó el acusado

—También **Nichito** —Dionisito— ponía mala cara cuando yo me callaba un momento

—Yo, no **poní** cara mala, dijo el niño disculpándose afligido

—Lo mejor es que **Gollito** —Gregorito— les cuente un cuento muy bonito que él sabe

A lo que el designado repuso:

—Si yo no **sabo** cuentos porque no soy **cuentista**.

En este punto, siendo de noche, la chiquillería aquella, ya sin esperanzas de otros cuentos, empezó, uno a uno, a cerrar los ojitos, a abrir la boquita, a inclinar la cabecita y se durmieron todos soñando: que el ángel sólo tuvo poder para ponerle a la palomita la patita de cera, y que Dios que es todo poderoso se la puso nuevecita de huesecito, pellejito y uñitas; por lo que cantaron, como los indios del barrio de Monimbó en Masaya: "Mil gracias te doy, Señor, y alabo tu gran poder, que con el alma en el cuerpo me has dejado anochecer, y humildemente te pido me **dejés** amanecer para alabar tu santo nombre y el de Jesús, María y José"

LOS DEL INDIO Y EL CHAPETON

Siendo de advertir, que el pueblo de Nicaragua llamaba **chapetón** a todo español residente en Hispano América y correlativamente, **chapetona** a la española en igual condición de residencia

En anécdotas cortas

Todas dirigidas a demostrar que el indio era más **vivo** que el **chapetón** al que siempre se lo **volaba**, o sea, le tomaba el pelo como se dice en castellano puro

1a. Diálogo

El indio tenía la cabeza rapada y el **chapetón** le preguntó: Pelón, de dónde eres?

—De la cabeza, señor; como mi perro es **chingo** de la cola, mi macho **sonto** de la oreja, y mi vaca **renca** de la pata

—Cómo te llamas?

—Yo no me llamo, a mi llaman **Ventura**, Buena-ventura

—Este camino para dónde va?

—El camino no va ni viene, es el caminante el que va y viene sobre el camino

—Hay muchos pescados en ese río?

Hay muchos **pejes**, señor, que todavía nadie los ha pescado

2a. El río de las verdades

Ve el chapetón una ave y le pregunta al indio:

—Qué ave es esa?

—Una paloma, señor

—¡Paloma, y tan chical! En España son del tamaño de un pavo, o **chompipe** como decís vosotros

Pasó un animalito delante de ellos, y el chapetón preguntó:

—Qué animal cruzó allí?

—Un conejo, señor

—¡Coneja! No puede ser, los de mi tierra son del

tamaño de un carnero o chivo como vosotros lo llamáis:

En un recodo del camino saltó un venado, y preguntó el chapetón:

—Qué cosa saltó allí?

—Un venado, señor

—Cómo, un venado? Ciervo se llama en Europa y son más grandes que un caballo

Y así, sucesivamente, el chapetón aseguraba al indio que en España los caballos eran como elefantes, los elefantes iguales a las ballenas y éstas del tamaño de un cerro

En esto, se escuchó un ruido estrepitoso y terrorífico, y el chapetón inquirió la causa preguntando al indio:

—Qué ruido es ese tan espantoso?

—Es la **chorrera** del río de "Las Verdades", llamado así porque a todo mentiroso que lo pasa sin haberse desmentido lo arrastra furiosamente y se **oga** sin remedio

—Y no hay modo de evitar el paso?

—El único es **echarnos atrás**.

Mas como al chapetón le urgía ir adelante, se apresuró a llenar la condición salvadora, y dijo al indio: quiero que sepas, que en España, mi tierra, las palomas son como las de aquí los conejos iguales al que pasó por el camino, lo mismo los venados, caballos, elefantes y ballenas y no hay animal del tamaño de un cerro

—¡Qué lástima!, dijo el indio, que se hayan vuelto **chiquirritos** esos animales de Dios—, pues ya tenía ganas de irme **pallá** para volverme del tamaño de la **gigantona** que baila en la fiesta de la Purísima

3a.

El indio docto, que fué doctor

Y fué el caso, que un indio, de pura raza, muy talentoso y que había logrado estudiar todo lo que era necesario para graduarse de doctor en Filosofía y Derecho Canónico, pidió examen y le fué concedido; pero como entre los examinadores estaba un chapetón, de

raza pura, éste se propuso en su fuero interno, no aprobar al indio aunque fuera más sabio que Salomón

El examen que dió el indio fué lucidísimo, pero al llegar a la votación secreta, mientras cuatro examinadores, que eran criollos echaron en la urna la A de plata, de voto de **aprobación**, el chapetón, firme en su mal propósito, echó la R de **reprobación**.

Mas cuando el presidente del tribunal examinador anunció el resultado diciendo: aprobado con cuatro A y una R, el indio dijo: estoy satisfecho, porque ya encontré lo que aquí vine a buscar; pues ya tengo conciencia de que soy **docto** y con esa R soy **doctor**.

4a. Libros sin doctor

El doctor chapetón tiene tirria al indio doctor, que siendo pobre carecía de recursos para comprar libros, por lo que siempre que lo encontraba le decía burlándolo; A Dios! doctor sin libros De lo que el indio tomó el desquite yéndose a poner delante de los anaqueles de la flamante biblioteca del chapetón para saludar con mucha cortesía los libros en ella colocados, diciéndoles: A Dios! libros sin doctor

5a. Un cráneo incógnito

En cierta ocasión, que ambos doctores, el indio y el chapetón, y grande concurrencia visitaban el cementerio, el doctor indio tomó en sus manos una calavera que por allí encontró y se puso a examinarla con detenimiento y muy ceremoniosamente para llamar la aten-

ción general y dijo en voz alta y tono dolorido: en verdad os digo, que no acierto a distinguir si esta calavera es de indio o de español

6a. Repartiéndose con la cuchara grande

Durante muchos años, hasta siglos, en el tiempo colonial, los indios de América Española, en consideración a la debilidad de la constitución física de la raza, gozaban el privilegio, obtenido de la Santa Sede por los Reyes de España, de comer carne muchos días en los que tenían que guardar rigurosa abstinencia los que no eran indios Y un día de esos, invitado el doctor indio a una comida a la que asistiría también el doctor chapetón, se proveyó de una gallina muy bien condimentada, que oculta llevó al convite

Mientras todos comían **de viernes** el indio doctor sacó la consabida gallina y se puso a engullirla saboreándola sabrosamente, por lo que se le hacía agua la boca al doctor chapetón, obligado por el precepto canónico a comer mariscos, verduras, legumbres, huevos, y lacticios, con lo que perdió la paciencia, de lo que no abundaba como buen chapetón, y dijo en tono severo, como escandalizado: hoy nadie puede comer carne, **de animal de pelo o pluma**, porque es día de abstinencia

A lo que el doctor indio repuso: (el que está a las duras que esté también a las maduras); si soy indio para las privaciones, debo serlo también en los Privilegios

Y siguió comiéndose la gallina hasta darle fin, con tranquila conciencia y en gracia de Dios

TIO GRILLO EL SAJURIN

Esterá un Rey que perdió su anillo, que valía mucho; que se lo habían robado tres criados que estaban a su servicio, los cuales lo ocultaron haciendo lo tragara un **peje** grande de los que estaban en el estanque del jardín en el palacio real

El Rey convocó a todos los **sajurines** del reino para que adivinaran el paradero de la preciosa sortija, dándoles un plazo de tres días que los pasarían alojados en el palacio, tratados a cuerpo de rey en cuanto a la comida, bebida y todo; pero si no adivinaban les cortarían la cabeza sin misericordia

En tales condiciones, ningún sajurín se presentó al llamado por el temor de morir en la demanda; pero un **viejecito** de la ciudad, que no era **sajurín**, y quien por ser muy contrahecho lo apodaban **Tío Grillo** al saber la propuesta del Rey pensó así: A mí me conviene pasar tres días deliciosos en el palacio real, cual nunca en mi vida los he pasado, pues siempre he vivido miserablemente, y aunque después me corten la cabeza, no me importa morir, pues muerto de hambre estoy y desde hace mucho tiempo.

Y **dicho y hecho**, se presentó como **sajurín** al Rey,

quien, aunque desconfiando de la sabiduría del Tío Grillo al ver su facha, hubo de aceptarlo en las dichas condiciones, por aquello de (**trato es trato**).

Alojado en el palacio real pasó Tío Grillo el primer día y muy a su gusto porque lo trataban a cuerpo de Rey; pero en la noche después de la última opífera comida, dijo en tono reflexivo refiriéndose a los tres días últimos de su vida: **ya vi el primero me faltan dos**; lo que oído por uno de los criados ladrones que le servía a la mesa, fue presuroso y afligido a contárselo a sus cómplices, y convinieron en que uno en pos del otro servirían al **sajurín**, de quien comenzaron a temer que iba a adivinar con acierto

Al final del segundo día Tío Grillo dijo: **ya vi dos me falta uno**, es decir, un solo día me resta de vida; mas el segundo de los ladrones lo entendió como dicho con referencia a él

Al tercer ladrón, Tío Grillo exclamó, despidiéndose de esta vida mortal: **ya vi los tres**; oyendo lo cual el criado se arrodilló a sus pies diciéndole: nosotros fuimos, pero no nos denuncie, por amor de Dios; declarándole, al propio tiempo, en dónde estaba el anillo.

Lo que a la mañana del cuarto día Tío Grillo fué a decirselo al Rey, y el anillo fue encontrado dentro del pez del estanque.

Pero como el Rey se le hacía difícil creer que Tío Grillo fuera verdadero **sajurín**, lo sometió a otra prueba que consistió en enterrar en el jardín del palacio un rabo de una **chancha** que habían destazado aquel día en la cocina real, y cubierto el entierro con flores, el Rey dijo a Tío Grillo: ¿qué hay enterrado aquí? y el Tío muy perplejo y angustiado exclamó: "aquí sí, que torció la **chancha** el rabo", que es refrán que se aplica cuando habiéndose acertado otras veces, se yerra en una. El Rey entusiasmado afirmó: efectivamente, es rabo de **chancha** lo que allí está enterrado

Mas, no paró aquí la desconfianza del Rey, que quiso someter al Tío a una última prueba de sorpresa, y al efecto, cogiendo disimuladamente un grillo que

caminaba en el suelo de su oficina y apretándolo en el puño de la mano derecha, preguntó al **sajurín** ¿que tengo aquí en la mano? El interrogado guardó silencio por algunos momentos y en su aflicción, como hablando consigo mismo dijo: ¡Ay Tío Grillo, en que aprieto te **hallas!**

Palabras que el Rey, que no sabía lo del apodo del Tío, tomó como la respuesta exacta de la pregunta que había hecho. Y colmó de honores y premios largamente a Tío Grillo; quien para no exponer a otras pruebas su improvisada sabiduría, huyó del lugar a otro desconocido y lejano

Siendo este cuento la prueba de que cuando alguno está de buena suerte todo le resulta bueno y acertado por la bondad de Dios; y al contrario, cuando está de mala suerte, todo le sale al revés, por la maldad del diablo que mete su cola.

DON POLICARPO EL DE LA BUENA CONCIENCIA

Eran aquellos tiempos en que se reclutaba la gente para acuatellarla y echarla a la **Pelea** sin más **ejercicio**, como se decía entonces, o **entrenamiento**, como se dice ahora, que: "aimas al hombro, de frente, marchen" con el aprovisionamiento de la chamarra, el **salveque** con totopostes y la cantimplora para el agua.

Las cuales reclutas como se hacían, exceptuando solamente las mujeres, ancianos decrepitos, niños, ciegos, **cotos** de ambos brazos y **chancletudos** de la primera clase de ellas se originaban casos muy peregrinos, como los siguientes:

De un jovenzuelo, que al divisar el cuartel en que iban a encerrarlo, se puso a llorar a moco tendido, por lo que el cabo de la escolta que lo conducía lo puso en libertad diciéndole, lo que el agraciado no le impartó ni mucho, ni poco: **andate de aquí, grandísimo marica**, a que te quiten los pantalones y te pongan **naguas**

De una madre amorosa, que al ver a su hijo reclutado y amarrado **codo con codo**; clamó al santo de su mayor devoción prometiéndole un **milagrito de plata** figurando un muñequito amarrado del mismo modo, si al verlo el jefe lo veía **tiernito** y, efectivamente, el jefe lo vió tan **tiernito** que dijo a sus soldados suelten, ese muchacho, y no sean **sinvergüenzas** agarrando niños que todavía tienen la leche en los labios

De un recluta que durante todo el combate no encontró el hoyo por donde meterle el tiro al fusil; y de otro, que en igual circunstancia, amparado tras de un árbol tiraba hacia arriba para no hacer daño a sus prójimos, ni recibirlos de ellos

El del alcalde de un pueblo que envió a la cabecera departamental diez reclutas con una carta de re-

misión que decía: "Envío esos diez **voluntarios**, suplicando se devuelvan los **mecates** con que van amarrados".

Y el de Don Policarpo, que ha dado título a este cuento, y que es como sigue:

Era el tal señor un cincuentón, bastardo de una familia principal, medio idiota y tanto entero; que habiendo nacido cuando se conmemoraba la noche aquella en la que cantaron los ángeles en el portal Belén, "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", era, por lo tanto, más pacífico que el rey Salomón, y con la monomanía de asegurar, "qué él leía en su buena conciencia como en un libro abierto, todo lo que le convenía saber, creer y obrar"

Mas ocurrió que en una reclata de las **más fuertes**, de aquellas sin respetar pelo **color**, ni **tamaño**, y porque Don Policarpo, siendo **chancletudo** lo era solo de segunda clase, se lo llevaron en la colada y con tan mala suerte que de un tirón, **sin tocar tierra** fué conducido al propio lugar del **fuego**, **combate** o **pelea**

A donde él llegó más muerto que vivo, pero, a la vez, con mucha ganas de vivir y no morir

Por lo que lleno de espanto ante la escena de muertos, moribundos y heridos consultó su buena conciencia la que le dictó, con toda claridad, estas salvadoras: **correte, correte** y cuanto más pronto mejor

Lo que Don Policarpo hizo, sin perder tiempo; tirando el fusil y cuanto sobre sí tenía; e internándose en el monte se alejó cuanto más pudo de aquel lugar de horrores, y de todo camino público.

Pasó la guerra, vino la paz y se acabó todo, y como Don Policarpo no apareciera por parte alguna, y aunque no se encontró su cadáver, lo pusieron en la lista de los héroes muertos en el combate

Mas cuando ya nadie pensaba en él, se presentó a su familia como el más derrotado del mundo, cubierto su escuálido cuerpo de andrajos mungrientos y de tiras de cuero sus adoloridos pies. Y cuando fué declarado, "que era de esta vida y no de la otra", él

refirió lo que había sucedido, que fué así: Me llevaron a la fuerza, sin quererlo yo, contra mi voluntad y al llegar al lugar del fuego, que ya estaba prendido, noté con mucha extrañeza, que los del otro lado tiraban balas sobre nosotros sin ningún reparo, lo que me causó mucho miedo y de acuerdo con mi buena conciencia dispuse huir a toda carrera; y con el firme propósito de no volver a esos fuegos, ni pintados en tiesto. Este cuento aunque se llame cuento no es cuento, porque lo cuentan testigos de vista y de oído, fehacientes.

UNAS PRETENDIENTES A MATRIMONIO, CHASQUEADAS

En este cuento, que es de casorio, se invierten los papeles ejecutados a la moderna y no a la antigua; apareciendo como **pretendientes** las que debían ser pretendidas y como **pretendido** el que debía ser pretendiente

Siendo las **pretendientes** tres muchachas, hermanas entre sí: Teresa, Leonor y Juana, de muy buenas dotes físicas, morales y pecuniarias; pero que adolecían de la enfermedad aquella, que José Milla, literato centroamericano, en uno de sus donairosos escritos, atribuía a unas sus protagonistas, no muchachas, diciendo de ellas: "que rabiaban por casarse ya empernadas"

Siendo el **pretendido**, al que podía llamarse Perico el de los Palotes, un excelente partido matrimonial por sus cualidades: buena estampa, porte gallardo y elegante, educado en el extranjero, y de quien se decía que si se embriagaba de cuando en vez, estaba probado, plenamente, que **tenía buen guaro**. Además su mano era muy apetecible por ser **mano con grandes cachos**, es decir, hijo y heredero de su padre, propietario de una hacienda de ganado vacuno grande y muy productiva

Y no era tonto el señor don Perico, puesto que lograba pasar sus buenos ratos divirtiéndose de las conchabidas muchachas, a las que cortejaba con tal maña que ninguna de ellas podía asegurar que era la preferida y electa

Hasta que un día de tantos se les declaró formidablemente enviando a cada cual una esquila, escrita sin puntuación, y en estos términos:

Verdad es que amo a Teresa
no a Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana
no aspira mi amor a Juana
que no es poca su belleza

Mas he aquí que como los deseos fingen realidades, especialmente si son amorosos, cada una de las destinatarias se creyó favorecida por la flamante declaración, puntuado la esquila conforme a su gusto y conveniencia

Teresa la leyó así:

Verdad es que amo a Teresa,
no a Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana;
no aspira mi amor a Juana,
que no, es poca su belleza.

Leonor de esta manera:

Verdad es que amo a Teresa?,
no; a Leonor cuya agudeza
compite con consigo ufana;
no aspira mi amor a Juana,
que no, es poca su belleza

Juana, por su parte, la encontró toda favorable para ella, así:

Verdad es que amo a Teresa?
no; a Leonor cuya agudeza
compite consigo ufana?
no; aspira mi amor a Juana
¡que no es poca su belleza!

Pero de nada sirvieron las favorables interpretaciones individuales de aquella declaración colectiva, porque el de los Palotes no volvió a asomar la nariz ni por los contornos; no estando dispuesto a ser cónyuge, esto es: uncido al mismo yugo vitalicio, con un **pretendiente** rabiosa por casarse. Quizás más tarde, con una por él **pretendida** y con moderados deseos de recibir el séptimo sacramento

Acerca de lo cual reflexionando, se ha de tener por bueno el proceder antiguo al respecto; aun incluyendo el caso, al presente inconcebible, que fuera el padre quien elegía al esposo de la hija, sin que ésta interviniera en lo mínimo: pero conservando ella su puesto de pretendida, y el otro el pretendiente; que es lo decoroso y puesto en razón

También por buena, la costumbre de los indios; de insinuarse, el pretendiente, llevando a la puerta de su pretendida un manojo de leña, que introducido al rancho era señal de triunfo y dejado afuera, de completa derrota

Asimismo la del **campesino** chontaleño, trayendo una alforja repleta de cuajadas secas y una cecina gorda tendida sobre el anca de la cabalgadura, como regalo "para los perritos y gatitos de la casa" a los padres de la pretendida; y haciéndose simpático a ésta al lograr que su brioso caballo, en repetidas cabriolas, tire sobre los presentes y sobre la piedra que ella muele el maíz **nisquesado** para las tortillas, el barro que el animal trae pegado a los cascos

Todo esto es bueno y mucho mejor, que ese trastrueque lamentable, de los tiempos modernos, de pretendientes **pretendidos** y de pretendidas **pretendientes**.